

PERFUMADO MARSUPIO

Recaditos

Salir del instituto a mediodía es un alivio, pero también un motivo de enfado. Mientras camino hacia mi casa y subo en el ascensor, preveo los recados que mi madre me va a encomendar. «Marta, baja al ultramarinos y trae doscientos de york.» El york, un cartón de tabaco, algo de la farmacia... Siempre hay algún recado que hacer, siempre hay que comprar una barra de pan no muy cocida y alguna otra vianda. Me siento extremadamente buena y condescendiente cuando asumo sin malas contestaciones mi personalidad de chica de los recados mientras la diabla, que siempre llevo dentro, se reconcome al pensar que mi madre se ha pasado toda la mañana en casa sin más tareas que cumplir que las domésticas. Soy una chica de quince años que se rompe la cabeza intentando resolver derivadas e integrales, logaritmos neperianos y problemas de rozamiento, traducciones de latín... Las labores de la casa no entran dentro de las actividades que considero prestigiosas o difíciles: un mono amaestra-

do podría cumplirlas con eficiencia y pulcritud. Ahora, ya en el esplendor —es una hipérbole— de mi edad adulta, cuando abro la nevera y me pregunto qué mierda compro para cumplir con las exigencias alimenticias de mis semanas irregulares —mis semanas son un triángulo escaleno, un ángulo obtuso, algo deforme e imprevisible—, echo de menos a una hija servicial o tal vez valoro de otra forma los trabajos de mi madre: la congelación de los filetes dentro de sus papeles de aluminio, la extraordinaria

limpieza de las cacerolas, los movimientos papirofléxicos del arte de la plancha. La incertidumbre, el trabajo no pagado y el cuento de nunca acabar. Pero entonces soy una pollita quinceañera, resuelvo integrales, no quiero acordarme de que mi madre también calculó el punto en que dos trenes se encuentran entre Madrid y Barcelona. La miro un poco por encima del hombro, y estoy en un momento de mi vida en que sus virtudes se me desdibujan por debajo de sus defectos.

Cuando mi madre me encomendaba esos mandados de chachita joven —yo ya tenía en la cabeza la imagen de aquellas chicas con cofia blanca, recién llegadas del pueblo, que bajaban a hacer la compra con un cesto de mimbre y eran toqueteadas por el señorito de la familia contratante—, en aquellas angelicales épocas de hija que ayuda a su mamá, yo me sentía buena, sumisa, condescendiente y comprensiva. Mi bienestar moral, basado en la asunción de que solo podía desarrollarme como una o su contraria —santa o puta, madre o mujer fatal, abnegada hembra o tentación viciosa, serpiente—, descansaba en el muro maestro de la contención: aunque me habría gustado en-

cerrarme en mi habitación dando un portazo, había logrado reprimirme y, en lugar de morder echándole en cara a mi madre mis horas de clase, mi dolor de cabeza, el miedo o la ansiedad ante las preguntas de los catedráticos del instituto, había acatado el orden: «Hago pis y bajo». Sin duda, yo tenía más paciencia que una «santa varona». Era sin paliativos un arcángel, y al mirarme en el espejo del cuarto de baño me veía como un ser alado y plumífero o como una bellísima monja con elegante toca de blanca cornamenta.

Otra vez

Normalmente cumplía sin rechistar el primer encargo, pero cuando regresaba y mi madre me decía «Tienes que bajar otra vez. Se me ha olvidado el papel higiénico», entonces yo procuraba contenerme, aunque en realidad me sentía como una gata a punto de vomitar una bola de pelo. Mi madre nunca pedía disculpas por su olvido. Mi obligación era bajar y callarme. Ella no se daba cuenta —o no quería darse cuenta— de que su hija estaba cansada. Yo tampoco me daba cuenta de que mi madre también lo estaba, aunque quizá por motivos diferentes a los míos. Yo disponía de muy poco tiempo para comer, repasar las fotocopias de historia de la música que debíamos memorizar para la clase de las cuatro y descansar un poco antes de volver al instituto. Además, el tendero me intimidaba. Era un hombre de mediana edad, con la raya al lado, que se protegía la ropa con un guardapolvo beis oscuro, un color muy sacrificado para camuflar la mugre. Vivía con su madre, y yo sospechaba que en la trastienda guardaba algo más que cajas y albaranes. Pero mi madre siempre me hacía bajar a la tienda dos o tres veces antes de servirme el plato en la mesa. Y lo peor es que no lo hacía a propósito. Eran olvidos verdaderos que revelaban la poca importancia que mi madre le concedía a subir y bajar mientras ella permanecía estática dentro del piso. El instituto era agotador, y supongo que aquella gimnasia —sube, baja, no contestes— podría incluirse en la forja educativa de mi carácter. Los recaditos compensaban la desidia y la despreocupación de las alumnas de la enseñanza pública ante las penas del infierno. Aunque

despojarse del miedo o de la idea del infierno nunca resulte fácil. Llevamos escondidos el miedo y el infierno en algún lugar. Son células de nuestro sistema nervioso.

Quizá aquellas subidas y bajadas solo eran fruto de la mala memoria de mi madre para la intendencia —para otros asuntos, la memoria de mi madre era extraordinaria—. El caso es que algunas veces yo no podía contener mis apetitos básicos —a la monja del espejo se le ennegrecía o se le solidificaba, como en el símbolo de Aries, la cornamenta blanca— y me ponía como un carnero embravecido. Como una hidra. Mi madre, más. Llegaba la explosión y, un poco después, el arrepentimiento. La seguridad de que siempre sería mucho más inteligente morderse la lengua. El amor. El hilo invisible que nos ataba la una a la otra y que, para ser sincera, yo nunca querría romper. Me habría muerto.

El bosque

«Marta, hija, por favor. Pásate por el banco y saca esta cantidad. Nos hemos quedado sin dinero en casa.» Mi madre me entrega un cheque por valor de treinta mil pesetas para que lo cobre en una sucursal del Banco de Bilbao. El recado entraña una gran responsabilidad que me llena de orgullo por la confianza depositada en mí. También barrunto los peligros del bosque. «Ten cuidado», me advierte mi madre, reduplicando esa angustia que ya llevo impresa en el código genético. Le veo al encargo dos inconvenientes: el banco está mucho más lejos que el ultramarinos de la vuelta de la esquina y, además, el dinero se me puede perder. No es que «yo» vaya a perderlo, es que «se me

puede perder». Hay que ser muy bestia para no percibir la carga de involuntariedad que acumula ese «se». Casi nunca en mi vida he perdido nada, pero siempre hay una primera vez y, si sucede, estoy segura de que será a lo grande. La mera fantasía de perder treinta mil pesetas me coloca en la boca del infierno.

Mi madre quizá ya no me querría nunca más. Por no caer en dramatismos: sé que mi madre me seguirá queriendo, pero también sé que si pierdo treinta mil pesetas, me va a caer una bronca y el episodio será recordado, como reproche, a lo largo de toda mi vida. Nos imagino a mi madre y a mí a esa edad en que todas las ancianas se parecen bajo las arrugas y las inflamaciones. Soy una anciana canosa y con problemas de espalda.

Empujo la silla de ruedas de mi vieja mamá y ella se vuelve para decirme: «¿Te acuerdas de aquella vez que perdiste treinta mil pesetas?». Temible mamá lenguaraz y memoriosa. Refriego mis pensamientos porque mis pensamientos me están devolviendo al territorio de la infancia y a la necesidad de protección, aunque en mi fantasía gerontológica sea yo, la anciana jorobadita, quien cuida de la madre que la parió. Mis pensamientos oscilan entre el regreso al útero y un futuro poco halagüeño.

En aquellos años, yo era una adolescente que luchaba por mantener —incluso por imponer— sus opiniones y no podía permitirme el miedo de que me retirasen el cariño. Lo dijo Blas punto redondo. Yo me llamaba Blas, me reía mal, hacía una mueca, los desodorantes no camuflaban el mal olor de mis axilas. Acaso es que necesitaba demasiado —mamá, seguridad, inteligencia, afeites, atenciones...— y estaba enferma de una

enfermedad que solo me afectaba a mí y que no encontraba una explicación ni en la herencia genética, ni en la especie, ni en el género, ni en la clase social ni en la excelente educación que no había recibido en ningún colegio de monjas francesas. Mi enfermedad me inducía a creer que a mi madre le iba a costar mucho trabajo volver a levantar su amor por mí de entre las ruinas de mi incompetencia, mi desidia y mi maldad. Porque yo carecía de la opción de equivocarme; cuando me confundía, desde el punto de vista de mi madre, era porque había querido hacerlo. Ella nunca desconfiaba de mi inteligencia, pero sí lo hacía de mi bondad. Esa actitud representaba una ominosa carga para mí. Yo quería romper un plato por accidente, no por desidia o por ganas de joder; yo quería sacar una mala nota porque el profesor me tuviese manía, no por no haber estudiado lo suficiente; yo quería llegar tarde a casa por despiste o porque el reloj se me hubiera parado, no porque quisiera hacer sufrir intencionadamente a mi familia.

Así que el asunto del dinero representaba simultáneamente un honor y un problema, y me llevó a reflexionar por primera vez sobre las discutibles buenas intenciones de esas madres que en los cuentos de hadas envían a sus hijas a la boca del lobo. ¿Es una prueba de fuego?, ¿un rito iniciático?, ¿un «te vas a enterar»? ¿un castigo?, ¿algo inevitable a causa de la clase social y la precariedad? «Hija, no nos queda más remedio. Tienes que ir a recoger champiñones dentro de la cueva y la cueva es oscura, húmeda, insondable... Pero es necesario hacer la tortilla.» Las manos pequeñas de las niñas seleccionan las flores del más delicado jardín y cuidan de los hermanos, en la casa, mientras la

mamá debe ir a trabajar. «Duerme, duerme, negrito, que tu mama está en el campo, negrito. Trabajaaaaando.» Me ponía histérica si a alguien se le ocurría pinchar en el tocadiscos esa nana. Sobre todo si la pinchaban en la versión de Víctor Jara, cuyo trágico final me habían contado tantas veces desde que tuve uso de razón. El abandono del negrito resultaba incompatible con mis convicciones respecto a las obligaciones eternas de las madres. Hija de puta la madre del negrito. Hija de puta la madre de Caperucita. Hijas de puta las madres ausentes y demasiado presentes. Era preferible morir, hambrienta y momificada, al lado del negrito para que no llorase que irse a ganar unas monedas para amasar algo con maíz o yuca. Así fui yo durante muchísimos años. Mi madre, por supuesto, había dejado su trabajo para dedicarse a mi crianza. Diez puntos para mi mamá, pese a que ahora me mandase a hacer un recadito algo difícil. «Ten cuidado», me repite entregándome el talón con la firma puntiaguda de mi padre.

Un beso antes de dormir

De camino al templo bancario —siempre que entro en una entidad financiera experimento una sensación religiosa de temor a Dios— voy planificando que cuando me entreguen los billetes, los voy a doblar bien dobladitos de espaldas a las miradas de clientes maliciosos y después me los voy a guardar en el bolsillo del pantalón vaquero, donde también meteré la mano para proteger la taledada durante el trayecto de regreso a casa. Hasta hace poco yo jugaba a correr, haciendo chuladas y fintas, delante

de los chicos que cuando estaban a punto de cogerme, se quedaban frustrados porque yo gritaba: «¡Casa!», y ellos ya no podían estirar el brazo para meterme en el hatillo de las secuestradas. Eran las reglas del juego. «¡Casa!» Ahora sé que esa relajación al llegar al claustro del hogar y echar la llave era ingenua. Los monstruos descansan bajo los colchones. Se quitan el antifaz de hombre atildado en el cuarto de baño y, de pronto, ya no reconocemos a nuestro amor. De camino al Banco de Bilbao, estoy segura de que a la vuelta el corazón me palpará dentro de la boca, pero caminaré muy deprisa, en línea recta, sin distraerme, por todos los atajos que separan el portal de mi casa de la sucursal. Sin detenerme en el bosque ni en las ramas. Ni en el cuento de la lechera ni en coge el dinero y corre. Tampoco en la recurrente fantasía de desaparecer, con aquellas treinta mil pesetas, y que nadie me encuentre nunca más. Un alarde de valor imaginario que no casa bien con la vergüenza que me produce ir sola al ultramarinos, caminar por una calle oscura, plantearme como solución quimérica la posibilidad de hacer autostop, pasar por delante de una obra sacando pecho y metiendo tripa...

La fantasía de desaparecer tampoco es compatible con la necesidad de que, aún a los quince años, aún hoy, mi madre me dé todas las noches un beso antes de ir a dormir.

Heroína

No me distraigo. No hablo con extraños. No piso las líneas de separación de las baldosas de la calle. No me entretengo en los escaparates de las zapaterías ni acaricio a los perros con correa.

Todo va bien hasta que meto la llave en la cerradura del portal y detrás de la puerta me sorprende un chico un poco mayor que yo. O quizá mucho mayor que yo pero de baja estatura. No logro verlo bien en la penumbra del portal. Me parece un enanito. Imberbe y fibroso. En un instante podré decir con absoluta propiedad que es imberbe y fibroso: cuando me restriegue la mandíbula con su careta de animal que tiembla, cuando me inmovilice con sus brazos.

El aliento le huele a un vacío dulce. Lo sé porque me acerca la boca a la cara. Me empino para que no me roce su respiración, pero dentro de ella me huele a vena o a páncreas o a estómago. Carne que debe ser inmediatamente alimentada por una sustancia a la que pongo nombre sin hablar: «Droga». Heroína y heroína, una diología pertinente en esta peripecia. La que él se pincha y la que yo soy. Me gusta hacer comentarios de texto, pero no sé si está bien tropezarme con figuras retóricas en el espacio real de la escalera de casa. Dentro de algo tan concreto y compacto como lo que hoy me está sucediendo. Hoy soy la cajera que en el atraco da el aviso a la policía, la intrépida rehén que le muerde los tobillos al ladrón, la guardiana de la caja registradora que neutraliza al chorizo arrojándole un bote de refresco a la jeta. Estoy dentro de la caja de metacrilato transparente de las ficciones. De los delitos que se graban en las cámaras de seguridad. Soy santa María Goretti y santa Catalina de Siena y santa Avutarda del Portal. Soy una metáfora y quiero salir de ella, pero la imagen segrega un líquido pegajoso que me mantiene pegada a la hache de «heroína». Una niña irritante, desde mi

mirada actual de mujer adulta. Más quebradiza que la niña que fui.

El tipo, no mucho más alto que yo, se pega a mi espalda, me pasa el antebrazo por el cuello y me arrastra con facilidad hacia la parte oscura del portal. Detrás del hueco del ascensor, en las escalerillas que acceden a la vivienda sombría del portero.

Casi en el semisótano. Huele a la grasa para lubricar la maquinaria del ascensor y al paso de los cubos de basura. Huele a una versión apestosa del sexo. «Dame todo lo que lleves.» Me arrincona contra la pared. Yo aún no he sacado la mano del bolsillo. No lo hago porque comienzo a sentir que aquel hombre tembloroso me palpa. Busca mis tetas y mi ombligo. Me mete el dedo en la boca y toma la temperatura de mi saliva. Me saca la navajilla de un cortaúñas un poco más grande de lo normal y coloca la punta sobre la piel de mi cuello. El tipo, mientras se frota contra mí, susurra sin convicción: «Dámelo todo». Entorna los párpados como si estuviera a punto de dormirse, de desmadejarse. Yo protejo maquinalmente mis treinta mil pesetas. Las treinta mil pesetas de mi madre. De mi familia. Nuestras treinta mil pesetas. Me dejo chupar las orejas. Aquel hombre me coge por la nuca como si me fuese a besar. Yo se lo habría permitido. Pero su boca está demasiado cansada, es corcho, y se detiene al abrigo de mi cuello. Lo babea, no lo lame.

«Ten cuidado»; oigo una advertencia que ahora adquiere otros sentidos.

No sé en qué partícula exacta de aquel tiempo chicle empiezo a sentir compasión. No me doy lástima. Quizá trago un amasijo de culpa y orgullo. Cumpló una misión que me fortalece.

Defiendo. Me olvido de mi cuerpo mientras aquel ladrón lo aprieta y lo subraya. No me importo. El cuerpo de aquel muchacho —puede que de aquel hombre— cobra forma y relieve contra mi propio cuerpo. Noto cómo se endurece y petrifica contra mis pechos como puños dolorosos, los muslos apretados por el nerviosismo, las bragas secas mientras la boca de mi asaltante se ablanda un poco más y se desliza bajo mi cuello y mi mandíbula. La boca del hombre es un ratón que busca refugio en la tabla de mi pecho y en mis espacios intercostales. En mis rojizos granitos de adolescente. Cierro los ojos y veo un descampado, una jeringuilla de cristal, la papelina, el limón, la cucharilla, el mechero. Asocio, ya para siempre, el olor del aliento de aquel niño viejo con un tipo de dulzor malsano. Me da mucha pena aquella criatura que de pronto empieza a parecerme más pequeña que yo. Porque se me está desarmando encima. Me mete las manos por debajo de la ropa. Me chupa blandamente las orejas. Me busca la boca sin atreverse y sin percatarse de que yo tengo una mano dentro del bolsillo. Protejo mi dinero. Tengo cuidado.

El chico, excitadísimo: «Dame todo lo que tengas, dámelo». El chico excitadísimo no tiene fe en el éxito de su empresa. Olvida en qué consiste el éxito de su empresa. «Dámelo.» Yo le doy algo distinto de lo que busca. O quizá prefiere lo que le estoy dando, aunque no estoy muy segura de que un pecho, un vientre, una clavícula sean cosas. Cosas que se puedan dar. Me quedo quieta. Me dejo, y el verbo «dejarme» me perturba, pero me estoy dejando con un buen fin. Yo sí tengo un objetivo. No me confundo ni desvío mi atención. Mi mano derecha permanece

dentro del bolsillo y aprieta el fajo. Cierro los ojos y pienso en algo no tan pedestre: nadie entra ni sale del portal. Ahora escatimo un beso y soy como esas mujeres antiguas que se suben el camisón a la altura del ombligo y se disponen a ser inmoladas sin gozo. Sudor. Jadeos. La sensación de poder que produce comprobar cómo un hombre se desmorona sobre ti mientras te viola. «Dame lo que tengas.» Yo, primero, muda y después: «¿Qué quieres que tenga yo? No tengo nada, nada». El chico me pellizca los pezones. Me raspa con las resecaas palmas de las manos. «Seguro que tienes algo.» El chico desencajado maniobra con la cremallera de la bragueta. Intuyo sus pinchos y sus protuberancias. Vuelvo a quejarme: «¿Qué dinero puedo tener yo? No tengo más que esto...». Del otro bolsillo de mi pantalón vaquero saco una moneda, grande y redonda, de cincuenta, dos de cinco duros, algunas pesetas cobrizas. El chico se restriega contra mí, pero cuando le doy aquellas monedas sueltas —las monedas que una adolescente lleva en el bolsillo para comprar un cuerno de chocolate, unos cuadernos—, al chico el esqueleto se le disuelve dentro de los músculos y se vuelve blando. Toda la fuerza con que me ha conducido hasta el lado oscuro del portal se le transforma en una debilidad que intuyo desde el primer momento. El cuerpo se le convierte en arena o en crema de leche. Se deshace como un terrón de azúcar.

Coge las monedas que le ofrezco. Las observa enfocando sobre ellas el alfiler de sus pupilas. Después me mira a la cara. No sé si transmito miedo, asco, seguridad, nada, vacío. Pero él me pasa las manos, muy fuerte, por las facciones como si me las quisiera borrar. Por la boca. Me siento instantáneamente fea y me

avergüenzo. Eso me lastima mucho. Después el chico sale corriendo del portal. Yo me quedo pegada a la pared. Huelo la saliva del chico sobre mi mano izquierda. Huele a gato, a pobre que no tiene agua corriente para lavarse. A miseria. «Ten cuidado.» ¿Cuántos peligros anuncia esta advertencia? Mi mano derecha sigue dentro del bolsillo. Es una mano protectora y obcecada. Doy la luz. Llamo al ascensor. Subo a mi casa.

Palabras gusano

Aún no he logrado decidir si me dejé hacer todo aquello porque pensaba que mi cuerpo valía demasiado o porque pensaba que no valía nada. Qué valía más: mis pezones a medio cocer o las treinta mil pesetas. Quizá no valoraba en absoluto mis pezones por estar medio cocidos. Por no ser unos verdaderos pezones. Por una idea de absoluto, del absoluto virtuoso y maduro de una mujer formada que yo no había alcanzado ni alcanzaría nunca. El ideal. El hecho de que aquel hombre babease sobre la pechera de mi camisa me hablaba del valor de mi cuerpo. Casi me sentí orgullosa de mi asco. De la posibilidad de experimentar el asco porque alguien al desear mi cuerpo lo había convertido en deseable. Yo aún tenía ciertas dudas respecto al carácter seductor de los fragmentos de mi anatomía. De esta en su conjunto. Lo que no despertaba tantas dudas en mí era mi obligación de ser una mujer deseable. «Dame todo lo que lleves.» Mi mano dentro del bolsillo. Estuve a punto de agradecerle a aquel ladrón sus atenciones. El rastro de baba que iba dejando sobre mí. Mi cuerpo valía para proteger mi patrimonio, o tal vez el

hecho de que yo protegiese mis treinta mil pesetas expresaba la falta de importancia de mi cuerpo. El hecho de que aquel hombre quisiera mi cuerpo y mi dinero hablaba de que ninguna de las dos cosas valía, de que no había que darles importancia o de que lo valían todo. A mí mi cuerpo dejó de importarme porque, en realidad, me importaba muchísimo. Aquel hombre seguía restregándose contra mí y, de un modo perverso, yo era poderosa. Y no tenía miedo. Con el paso del tiempo he empezado a darme mucha pena porque, conteste como conteste a cualquiera de las preguntas que aún me bullen en la cabeza, varias palabras-gusano me recorren la piel: «sacrificio», «suciedad», «angustia», un montón de mentiras respecto al deber ser de una mujer.

Perfumado marsupio

«¿Cómo has tardado tanto?» Mi madre primero se muestra enfadada, pero cuando me mira dos veces, afloja: «Empezaba a estar preocupada». Luego afloja un poco más: «¿Qué te ha pasado?». Yo saco de mi bolsillo el fajo con las treinta mil pesetas y lo tiro encima de la mesa del comedor. «¡Toma!» Me siento orgullosa de mi hazaña. De mi frialdad para controlar la situación. Del poder que me ha concedido mi cuerpo joven. Por rabia —por sentido de la responsabilidad—, protejo el bienestar de mi cueva. La chachita joven se transforma en virgen inmolada. Ahora debería estar ascendiendo a los cielos. El abuso no importa. El abuso ratifica mi condición de hembra deseable. Mi inteligencia para conservar lo mío. Salirme con la mía. Soy una femme fatale.

Soy una gilipollas. Pienso también, mezquinamente, que mi madre debería haberse preocupado más por mi tardanza. Le hago reproches: «¿En qué estabas pensando?, ¿no te dabas cuenta de que era muy tarde?». Mi madre se queda mirando fijamente el dinero esparcido por encima de la mesa. «¿Ves?, no me lo ha podido quitar», me carcajeo. Estoy acelerada. Quiero que mi madre ahora mismo se sienta culpable de lo que ha pasado. Porque debería haberme protegido más. Guardarme dentro, dentro, dentro de su perfumado marsupio. Mi madre, pálida, no despegaba los labios. Hoy recuerdo que ella nunca entraba sola en los bares. Ni se atrevía a ir al cine. Casi ni salía de paseo si no era del brazo de mi padre. Pero entonces yo no veía todas aquellas cosas. La culpaba a ella. La retaba. Depositaba en ella los monstruos y las ligaduras. Estoy muy nerviosa. Tengo la boca completamente seca. Me pica la piel. Siento necesidad de lavarme. Las manos, el cuello, las clavículas, la mandíbula, el pabellón de las orejas. Corro hacia el cuarto de baño. Desde allí oigo a mi madre echarse a llorar.

Marta Sanz